

El Príncipe de Elíseo

y 10 Poemas Cibelianos

*El 5 de agosto nació mi rosa,
única en todo el universo;
desde entonces, todas las estrellas
sonríen.*



El Príncipe de Elíseo y 10 Poemas Cibelianos.

Todo esto es por mi madre. Feliz cumpleaños.

El Príncipe de Elíseo

En el centro de un lugar que no aparecía en ningún mapa existía un reino llamado Elíseo. Nadie sabía quién lo había construido ni cuándo había comenzado a existir, porque para sus habitantes aquella pregunta carecía de sentido, ya que Elíseo siempre había estado allí, como si hubiera nacido junto al primer amanecer del universo. Era un mundo donde ríos rosados recorrían los valles, los bosques se extendían sin terminar y las flores abrían sus pétalos incluso durante la noche, iluminando los caminos con una luz tenue que no provenía del fuego ni de las estrellas. Criaturas de todas las formas habitaban sus tierras: hadas de alas transparentes, pequeños seres que dormían dentro de los troncos de los árboles, animales que podían hablar y criaturas antiguas que recordaban épocas que nadie más había vivido. Aquel mundo era la definición misma de la perfección. No existía el hambre, porque los frutos aparecían antes de que alguien tuviera que buscarlos; tampoco existía la enfermedad, porque las heridas desaparecían con el paso de las horas, ni la tristeza profunda, o al menos nadie hablaba de ella jamás.

El cielo era lo más extraordinario, pues no se trataba de un simple techo azul que separaba la tierra del vacío. Durante las noches despejadas, las estrellas se mostraban mucho más cerca, y quienes miraban con suficiente atención podían distinguir otros mundos flotando en la distancia. Algunos eran enormes esferas cubiertas de nubes; otros parecían pequeños puntos de luz perdidos en la oscuridad, y el pequeño Emiliano podía pasar horas observándolos mientras respiraba copos de nieve sobre su bufanda roja.

Desde una colina cercana al palacio, se sentaba sobre la hierba y levantaba la mirada, imaginando qué habría más allá de aquellas luces. A veces pensaba que cada estrella debía ser otro reino como el suyo, un lugar donde también existieran jardines infinitos, criaturas maravillosas y personas que nunca conocieran el sufrimiento. Era una idea que lo hacía sonreír, porque Emiliano nunca conoció otra cosa; desde que tenía memoria había vivido rodeado de belleza.

Los habitantes de Elíseo lo llamaban príncipe, aunque él nunca entendió por qué. No llevaba corona, no tenía un trono y jamás había dado una orden a nadie. La única persona que parecía conocer realmente la respuesta era Lyria, el hada que lo cuidaba desde que era pequeño. Ella no era como las demás hadas, pues mientras otras pasaban sus días jugando entre los jardines o ayudando a cuidar los bosques, permanecía cerca de Emiliano casi todo el tiempo. Lo acompañaba cuando caminaba, le contaba historias antes de dormir y respondía sus preguntas con una paciencia casi infinita, aunque evasiva ante ciertos temas. Lyria siempre tenía una respuesta para todo, excepto para aquello que Emiliano realmente quería saber: de dónde había venido, por qué era diferente y qué existía más allá de Elíseo.

Cuando Emiliano era pequeño, esas preguntas no importaban demasiado, ya que le bastaba con correr por los campos, descubrir nuevos lugares y escuchar las historias que Lyria inventaba sobre héroes antiguos, reinos perdidos y seres que vivían más allá de las montañas. Pero con el paso del tiempo, la curiosidad comenzó a crecer, sobre todo por cuatro rosas, las únicas cuatro flores que Emiliano cuidaba personalmente. Se encontraban en un pequeño jardín apartado del palacio, rodeadas por una estructura de piedra blanca cubierta de enredaderas, y no eran rosas comunes, pues sus pétalos brillaban y cambiaban ligeramente en intensidad según el momento del día. Emiliano las visitaba siempre, les hablaba, les contaba lo que había hecho, les narraba sus sueños y a veces incluso les leía los libros que encontraba en la biblioteca del palacio.

—¿Por qué las cuidas tanto? —le preguntó Lyria una tarde mientras lo observaba regarlas.

Emiliano levantó la mirada y respondió:

—Porque algún día despertarán.

El hada sonrió.

—¿Quién te dijo eso?

—Tú.

Lyria guardó silencio durante unos segundos antes de preguntar:

—¿Y qué crees que pasará cuando despierten?

Emiliano miró las flores con ternura y dijo:

—Seremos una familia.

El hada bajó la vista en un gesto pequeño, casi imperceptible, pero Emiliano lo notó.

—¿No será así?

Lyria tardó en responder.

—Sí. Algún día.

Pero había una tristeza escondida en esas palabras, una tristeza que Emiliano todavía no supo reconocer.

—Me dijiste que antes yo también fui una rosa —recordó él.

—Así es.

—Entonces ellas son como yo.

—Sí.

—¿Por qué yo pude convertirme en un niño y ellas todavía no?

Lyria observó las flores con atención y murmuró:

—Porque cada flor tiene su propio momento para abrirse.

La respuesta parecía suficiente, pero no lo era, no para Emiliano, porque si algo había aprendido con los años era que en Elíseo todas las preguntas tenían respuesta, excepto las suyas.

Existía una zona de Elíseo a la que Emiliano se le prohibía acercarse. No era una prohibición absoluta, pues nadie construyó una muralla ni colocó guardianes; simplemente, cada vez que intentaba caminar hacia el oeste, alguien aparecía para detenerlo, en especial Lyria. Allí los jardines comenzaban a desaparecer de manera sutil: primero eran pequeñas diferencias como menos flores, menos árboles o menos criaturas; después la tierra cambiaba, la hierba se volvía más seca y el paisaje perdía poco a poco la belleza que caracterizaba al resto del reino.

—No tienes nada que buscar allí —le decía Lyria.

—¿Qué hay? —preguntaba él.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué no puedo ir?

El hada no respondía, y eso era lo que más molestaba a Emiliano, no que le prohibieran algo, sino que lo hicieran sin explicarle la razón. Con los años, aquella zona se convirtió en una obsesión errante, porque cuanto más intentaban ocultarla, más importante se volvía.

Además, algo extraño estaba ocurriendo en Elíseo. Al inicio no se notaba si no prestabas atención: un árbol que aparecía en otro lugar, un sendero que ya no estaba donde debería o una criatura que dejaba de visitar los jardines. Nadie se alarmaba, y cuando Emiliano preguntaba, los habitantes del reino sonreían y decían que todo estaba bien, pero él veía sus rostros y notaba cómo algunos intercambiaban miradas preocupadas cuando pensaban que no estaba observando. Elíseo seguía siendo hermoso, pero por primera vez, Emiliano sospechaba que aquella perfección escondía algo malo, y que ese secreto estaba en algún lugar más allá de los límites que nunca le permitieron cruzar.

La oportunidad llegó una tarde. Lyria recibió una llamada de otras hadas del bosque y tuvo que alejarse durante unas horas, pero antes de irse, como siempre, le recordó:

—Prométeme que no irás hacia el oeste.

Emiliano sonrió y dijo:

—Lo prometo.

Lyria lo miró fijamente, sabiendo que esa sonrisa significaba algo.

—Emiliano...

—Está bien, está bien —respondió él.

El hada suspiró y se marchó.

Durante varios minutos, Emiliano permaneció en el jardín de las rosas e intentó obedecer, de verdad lo intentó, pero la pregunta seguía ahí latente: ¿qué había detrás? No pudo más. Miró hacia el horizonte y caminó. Al principio fue despacio, después más rápido, hasta que terminó corriendo. Atravesó los campos conocidos, dejó atrás los árboles luminosos y llegó al lugar donde Elíseo comenzaba a desaparecer. Así vió la frontera, y allí, en medio de un terreno vacío donde no debería existir nada, encontró una puerta. No había paredes, ni casa, ni camino;

solo una puerta antigua de madera oscura suspendida en la nada. Emiliano se quedó inmóvil, pensando durante unos segundos en regresar, pero entonces recordó todas las preguntas sin respuesta y giró el pomo.

Al abrir la puerta, Emiliano no sintió que estuviera entrando a un lugar nuevo, sino que estaba saliendo de algo. Durante un instante fugaz experimentó la extraña sensación de que Elíseo había quedado increíblemente lejos, aunque aún podía recordar con nitidez la forma de sus árboles, el rumor constante de sus ríos y el aroma de las tres rosas que había dejado atrás. Después cruzó el umbral, y el mundo cambió por completo.

Lo primero que percibió fue el silencio. No era la quietud apacible de los bosques, donde siempre se escuchaba el roce de las hojas o el canto lejano de alguna criatura, sino un silencio denso, como si el propio aire estuviera cansado. Frente a él se extendía una ciudad casi abandonada: las calles estaban sepultadas bajo el polvo, las paredes de las casas mostraban grietas profundas y el cielo gris, desprovisto de brillo, soportaba una capa de humo que difuminaba el horizonte.

Emiliano se quedó inmóvil, incapaz de procesar lo que tenía enfrente. Vio personas caminando con rostros consumidos; algunas cargaban objetos pesados, otras se arrastraban junto a edificios ruinosos, y un niño pequeño contemplaba con desconsuelo un mendrugo de pan como si se tratara del tesoro más valioso del mundo. Una incomodidad ajena a su naturaleza se instaló en su interior. En Elíseo las personas comían cuando sentían apetito, los frutos brotaban espontáneamente y los arroyos corrían limpios, mientras que allí todo era una lucha encarnizada por la subsistencia.

Se acercó despacio a un grupo de personas.

—¿Están bien? —preguntó.

Algunos levantaron la vista con asombro. Una mujer examinó su ropa impecable, su expresión serena y sus ojos llenos de preguntas.

—¿De dónde vienes? —murmuró.

Emiliano titubeó.

—De Elíseo.

El nombre provocó una reacción extraña en sus rostros, carente de reconocimiento y cargada de una mezcla de temor y melancolía. Antes de que pudieran añadir algo, un estruendo sacudió el suelo. Los habitantes huyeron despavoridos, y del fondo de la calle emergió una figura colosal: un hombre enfundado en una armadura de hierro oscuro cuyos pasos hacían temblar la tierra, con el rostro parcialmente oculto tras una máscara metálica y una respiración rítmica semejante a la de una maquinaria antigua.

Emiliano retrocedió instintivamente. La criatura lo examinó en silencio durante unos largos segundos.

—Así que eres tú —dijo con voz grave.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho.

—Alguien que lleva demasiado tiempo esperando encontrarte.

Al ver que los ciudadanos desaparecían por callejones oscuros y que la figura extendía una mano blindada con la clara intención de capturarlo para llevarlo ante un misterioso rey, Emiliano no lo pensó dos veces: huyó. Escuchaba a sus espaldas el eco metálico de la armadura golpeando el pavimento, pero la adrenalina le devolvió el impulso. Atravesó callejones desconocidos y, en medio de la desesperación, distinguió otra puerta idéntica a la anterior, suspendida en la nada como un atajo prohibido. Sin mirar atrás, la cruzó.

El segundo mundo era un paisaje desolado de montañas colosales que perforaban el cielo. Emiliano cayó sobre roca viva en medio de un aire gélido, mientras una niebla perpetua devoraba las cumbres y el estruendo de desprendimientos lejanos llenaba el ambiente. El suelo volvió a temblar cuando una grieta se abrió en una ladera cercana y una roca ardiente cayó del cielo para perderse en el abismo. Sin hallar rastro de vida, corrió a través de un valle inhóspito hasta dar con otra puerta.

El tercer mundo fue un océano interminable donde estructuras monumentales flotaban sobre aguas oscuras y silenciosas. El cuarto, un bosque negro de árboles muertos, ríos secos y un sol que se negaba a brillar. El quinto, una ciudad de torres titánicas completamente vacías. Con cada umbral que cruzaba, Emiliano

comprendía una verdad abrumadora: Elíseo no era un reino común, sino una excepción absoluta, un refugio milagroso que desafiaba todas las reglas crueles de la existencia.

Por primera vez añoraba su hogar, las flores, los relatos de Lyria e incluso los silencios evasivos del hada, pues ahora cargaba con respuestas que su mente no lograba asimilar.

Una última puerta lo sacó del anhelo. No estaba a la intemperie en medio de la ruina, sino incrustada en el interior de una construcción colosal de tonos rosados. Al mirarla, Emiliano experimentó una sensación extraña, parecía un recuerdo lejano y de repente tuvo la certeza de haber habitado ese sitio antes de nacer.

Los pasillos interiores eran largos y silenciosos, decorados con cuadros y objetos antiguos que irradiaban una importancia difusa. Mientras caminaba, algunas personas cruzaron a su lado, pero al intentar hablarles descubrió que nadie lo miraba ni respondía; caminaba entre ellos como un fantasma.

Al final del corredor se abrió una habitación singular, la única iluminada por una luz cálida pero profundamente triste. Emiliano empujó la puerta con lentitud y descubrió a una mujer sentada junto a la ventana. ¡Qué sola se veía!

—¿Quién eres? —susurró Emiliano, acercándose con el pecho encogido por una congoja que iba y venía.

La mujer no pudo escucharlo. En ese instante, el dormitorio entero comenzó a desvanecerse: las paredes se disolvían, los muebles perdían forma y la luz se consumía como un papel bajo la lluvia. La mujer levantó la vista por última vez y una lágrima resbaló por su mejilla. Al tocar el suelo, la gota no se evaporó, sino que se transformó en una semilla brillante, seguida de otra y otra más hasta formar cinco destellos diminutos.

Una de las semillas comenzó a transformarse ante su atónita mirada: brotaron raíces, el tallo se alzó con gracia, los pétalos se abrieron con lentitud y, del corazón de aquella flor, emergió un niño. Emiliano lo reconoció de inmediato, porque ese niño era él.

—Emiliano.

Se giró sobresaltado. Era Lyria.

—Debemos volver.

Incapaz de apartar los ojos de la habitación que terminaba de disolverse en la nada, el muchacho preguntó con voz casi imperceptible:

—¿Estoy muerto?

Lyria guardó silencio. Por primera vez en su existencia infinita, según el concepto de infinito en Elíseo, el hada no tenía ninguna historia que contar.

Durante unos segundos, Lyria permaneció inmóvil.

—No —dijo finalmente, con voz quebradiza—. No estás muerto. No. No aquí.

Emiliano la miró fijamente.

—Entonces, ¿qué soy?

La pregunta quedó suspendida en el aire mientras la habitación continuaba desvaneciéndose. Lyria bajó la vista.

—Esa es una pregunta que debí responder hace mucho tiempo.

El suelo comenzó a agrietarse bajo sus pies. La construcción rosada perdía sus colores y los pasillos recorridos se borraban como si jamás hubieran existido.

—¿Qué está pasando? —preguntó el muchacho, observando a su alrededor.

El hada miró hacia la mujer que había estado llorando, de la cual ya solo quedaba una silueta incompleta hecha de luz.

—El tiempo.

Emiliano frunció el ceño.

—¿El tiempo?

—Elíseo está desapareciendo —dijo Lyria lentamente.

Aquellas palabras le produjeron un vuelco en el pecho.

—¿Por qué?

Lyria cerró los ojos y, al volver a abrirlos, renunció a cualquier intento de ocultamiento.

—Porque Elíseo nunca fue un reino.

Un silencio espeso se adueñó del lugar.

—Fue un recuerdo.

—¿Un recuerdo de quién? —inquirió Emiliano, incapaz de comprender.

El hada dirigió la mirada hacia la figura luminosa de la mujer.

—De ella.

La habitación terminó de desintegrarse. Ahora solo quedaban ambos, suspendidos en un espacio vacío donde flotaban fragmentos de imágenes: un árbol, una casa, una voz, una mano sosteniendo una flor. Pedazos de un mundo que se rompía.

—¿Quién es ella?

Lyria respiró hondo, como si pronunciar ese nombre implicara abrir una herida.

—Cibeliana.

El nombre no despertó nada en su memoria; jamás lo había escuchado.

—¿Quién es Cibeliana?

El hada lo observó con una ternura infinita, viendo al niño que había custodiado durante tantos años.

—Es la reina de Elíseo. Y es tu madre.

—Mi... madre —repitió el muchacho despacio, saboreando una palabra cuyo idioma le era ajeno.

—Sí.

—Pero yo no tengo madre.

—Eso es lo que Elíseo quería que creyeras.

Emiliano negó con la cabeza, abrumado por la confusión.

—No entiendo.

Lyria se acercó con suavidad.

—Cuando llegaste aquí, no eras un niño. Eras una semilla.

Entonces, un destello de revelación cruzó su mente. Las cinco semillas, las rosas del jardín, una que había florecido y cuatro que esperaban en silencio.

—¿Las rosas?

—Son tu familia —confirmó el hada.

La imagen del pequeño jardín apartado brotó en su pensamiento.

—¿Por qué me convertí en humano?

—Porque ella no podía soportar perderte. Y... ella te ha recordado durante toda su vida —susurró Lyria.

El niño permaneció inmóvil.

—Cada día. Pero los humanos poseen algo que nosotros no alcanzamos a comprender por completo.

—¿El qué? —preguntó el muchacho.

—Tiempo. Su memoria se está cansando. Sus recuerdos comienzan a mezclarse, a desvanecerse o a deformarse.

En ese instante, Emiliano comprendió los árboles que mudaban de sitio, las criaturas ausentes y los parajes donde la vegetación se marchitaba. Elíseo no estaba siendo asaltado por un enemigo exterior; estaba envejeciendo al mismo ritmo que su creadora.

—Entonces, cuando ella me olvide...

Lyria no respondió. Las palabras sobraban. Si Cibeliana dejaba de recordarlo, él dejaría de existir, y con él, todo rastro de Elíseo.

A su regreso, el reino ya no era el mismo.

Las criaturas de Elíseo se habían congregado en torno al palacio; aquellas que aún resistían, pues muchas ya no estaban. Al ver llegar a Emiliano, corrieron a su encuentro como una familia que rodea a alguien a punto de marcharse para siempre. Una pequeña criatura del bosque le tendió la mano con timidez.

—¿Nos iremos contigo?

Emiliano sintió un nudo en la garganta. A su alrededor, las hadas y los animales se abrazaban en silencio, conscientes de que Cibeliana se acercaba al final de sus días y que, con el último hálito de su memoria, el reino entero dejaría de existir.

Mientras susurraban despedidas una gota cayó del cielo, pero no era agua, sino un fluido oscuro y denso. Le siguió otra, y luego una tormenta de tinta comenzó a envolver los campos. Las criaturas alzaron el rostro aterrorizadas, observando cómo el firmamento se convertía en el pergamino de una carta interminable.

Entre las nubes, Emiliano vislumbró una escena difusa: una habitación austera, una mesa de trabajo y una mano que sostenía un instrumento para escribir. Estaba escribiendo sobre ellos.

Con cada trazo sobre la hoja obraba un milagro sutil en Elíseo. Una rama seca recuperaba su color, un río olvidado volvía a fluir y una criatura borrada de la memoria asomaba de nuevo entre los árboles, parpadeando con la torpeza de quien despierta de un sueño demasiado largo.

Incluso Lyria guardaba silencio.

—¿Quién es? —preguntó el muchacho al fin.

—Uno de tus hermanos —respondió el hada, con la mirada fija en el firmamento.

La lluvia de tinta continuaba su descenso reparador. Donde tocaba el suelo, el mundo convaleciente se recompensaba a sí mismo.

Pasaron los días, o quizás los años, porque en Elíseo el tiempo nunca había sabido medir las horas con rigor. Junto a Lyria, regresó al jardín apartado. Las cuatro rosas seguían allí.

—¿Florecerán algún día? —preguntó el muchacho, acariciando con delicadeza un pétalo de cristal.

—Así será. Todas florecerán algún día—respondió ella.

Una noche, mientras contemplaba el firmamento desde su colina habitual, una de las rosas estalló en un fulgor cálido.

Corrió hacia el jardín seguido de muy cerca por Lyria. Ante sus ojos, el tallo se estiró con gracia y los pétalos se desplegaron, desprendiendo una luz que iluminó cada rincón del cercado de piedra. No emergió un niño esta vez. De la corola de la flor brotó una mujer.

Cibeliana abrió los ojos con lentitud. Observó el verdor de los árboles, la caricia del viento y, al fin, se detuvo en Emiliano. No hizo falta ninguna explicación. Los brazos de la madre se cerraron en torno a su hijo. Lo había recuperado.

A su alrededor, las criaturas del reino guardaron un respetuoso silencio, sabiendo que el ciclo se había completado: la semilla original, convertida en refugio, había vuelto a dar fruto.

10 Poemas Cibelianos

1

Pequeña mano que descansa en vano,
recorre, triste, el recuerdo cibeliانو.
Las calles tiemblan; sacudo el pomo.
Vida bella que se escurre por los poros.
Mi luna es perfecta; mi cristal es cloro,
mientras busco la hebra de cabello que murió.
El humo en mis dedos desgarrar mis labios.
Pronuncio tu nombre con pena y agravio.
Caigo, huyo, me arrastro y tiemblo por ti.
Irregular, como mi alma, el poema que grito será.
Pequeña mano que duerme en mi plano,
jamás la apartes o mi vida huirá de espanto.
Pocos meses te tuve en mis brazos;
tantos años son los que te seguiré recordando.
Diré tu nombre, aún cuando esté agonizando.
Así pues, con tinta de sangre lo escribo: príncipe cibeliانو.

2

Aspiro a una vida sin excesos que me drenen,
Con el rústico encanto de cabaña que tienta,
Lamiendo el dulce bocado de almíbar que tiene,
Que tiene el destino cuando engaña y ahuyenta.
Cabalgo sobre un pony de roble que se mece,
De gran respaldo y curva para mis tormentas.
Así que déjame fantasear; lo hacemos todos cuando el tiempo calla más de lo que entrega:
Soy ya la mujer de lino y de faldas largas,
Orando, más no rezando, de rodillas ante el cielo.

Con mi cabello gris rizado de una estirpe soberana;
Soy producto de la tierra, sus hojas las llevo en mi pecho.
Hermanos míos, aquí está su hermana;
La hermana que no se rinde, aún sin tener un lecho.

3

La calma que huye separa las tierras
Caídas del mármol, sumidas en penas;
Aquello que clama se hace esperar
El alma de un niño que llora al denar.
Su cumbre no peca, dolor que no baja
El violín de su culpa suena, suena, suena;
Los pobres perdidos de tierras de nadie,
Caídos en guerras de bajos desaires.
Bajo el cielo ciego que apaga las huellas,
Se cruzan las sombras de manos abiertas;
Un remedo de niebla recorre la aurora
Y el tiempo se quiebra donde alguien implora.
La piedra madura la sangre del hondo,
Y un eco lejano responde al desdoro;
Los pasos errantes que buscan la orilla
Se pierden despacio sin norte ni silla.
La música rota que arrastra la brisa
Confunde el gemido con falsa sonrisa;
El pacto del mundo se trunca en la herida,
Y el peso del juicio reniega la vida.
Ya nadie recuerda la luz del comienzo,
Tan solo el silencio del frío inmenso;
Las tumbas sin nombre que guarda la tarde
Testiguan el fuego que nunca arde.
Y al fin el abismo devora el destierro,

Mientras la memoria se vuelve de hierro;
El niño ya duerme sin llanto ni culpa,
Y el tiempo, sin faz, la penumbra disculpa.
La última cuerda del violín se detiene,
Sosteniendo el eco que ya no conviene;
Quedan los campos de tierra y olvido,
Y el latido del mundo por fin enmudecido.

4

Los sueños que arden en dulce desdicha
Se colman de suaves heridas de parto,
Rodeados de bilis y férreas piritas
Que envuelven el alma de innato no nato.
La piel que suspira la tibia templanza
Apenas sostiene la voz que la nombra;
Un hilo de breves destellos alcanza
La mano materna que cruza la sombra.
Murmulos de nombres que bajan al centro
Reparten el pulso de un viento lejano;
El tiempo detiene su marcha por dentro
Mientras se desata la frágil mano.
Tan solo la tarde constata el desvío
De aquellos que mueren sin ver la alborada;
El ciclo implacable del mundo y su frío
Los deja flotando en la nada olvidada.
Y al cabo del tiempo que borra las huellas,
Quedan los despojos de un pacto tan corto;
Se apagan los rezos, se caen las estrellas,
Y el eco del llanto se vuelve un aborto.

5

El curso de calma precede al suspiro,
Lamento evocado al blanco del mirlo;
No existe la llama de ayer consumido,
Gusanos que cenan mi cuerpo transido.
La mente se quiebra como el viejo lino,
Perdiendo los nombres que hacían camino;
Se apagan los rostros de quienes amamos,
Vacando el archivo que a pulso guardamos.
Los muertos que viven debajo del pecho
Se mueren de nuevo al caer el desecho;
Si nadie suspira su ausencia lejana,
Se quiebra la última vieja ventana.
Estar en la orilla del mar desgastado
Es ver el naufragio de lo recordado;
La niebla en los ojos consume la historia
Y quema el recinto de la propia gloria.
Habría sido un pacto mejor y más sano
Morir en la infancia de un beso temprano,
Antes que este infierno de carne marchita
Que apaga los ecos que el alma palpita.
Y al fin el abismo devora el desierto,
Sin voz que reclame el nombre del muerto;
Quedamos vacíos de aquello que fuimos,
Perdiendo la barca que tanto quisimos.

6

Un hombre me dijo que me desmorono
Y mis pliegues de tez temblaron al tacto,
"Oh, dulce belleza", "Mi pobre florcita"
El viento susurra que pronto te vas.

La tersa armadura que ayer fue corona
Se quiebra en morettas que ocultan la cara;
La furia del mundo desprecia la zona
Donde una silueta marchita se para.
Perdida en la trampa de ungüentos y reflejos,
Persigue la sombra de un brillo gastado;
Para esta mirada que habita en los lejos,
La carne sin brillo es un cuerpo enterrado.
Mas dentro del muro que el tiempo devora,
Se rompe el espejo de falsos laureles;
Se apaga la angustia que a gritos implora
Sostener el engaño de ajenos papeles.
Entonces descubre la oculta certeza
Que habita más hondo que toda la piel:
No es polvo la fuente de tanta belleza,
Sino su lucero que habita en la sien.

7

Magnolia que emana su franca certeza
En juicio de cumbres y nubes bermejas,
Repecha el dolos de su casa blanca,
Sumida en llamas que pronto desbancan.
El mazo de roble que el templo sostiene
Arrastra el vestigio de manos impuras;
Un aire de sombra constante interviene
Las viejas paredes de leyes oscuras.
Sola en el centro del fango codicioso,
Mantiene la ruta sin tregua ni pausa;
El peso del mundo parece gravoso
Pero ella resiste por justa causa.
No busca el aplauso que otorga la plaza

Ni compra el silencio con moneda falsa;
Su mano rescata lo poco que abraza
Y en cada acto honrado la herida descansa.
Pequeños destellos que curan la brecha
Derrotan la noche con brillo sincero;
La oscura marea que baja derecha
Se estrella en la fuerza de un pecho certero.

8

La flor más pequeña es huraña y huesuda,
Se tiñe de rabia ocultando las penas;
Guarda la calma en hojas grisudas,
Esperando algún día unas alas maternas.
El brote apacible que un día fue cercano
Habita en la sombra de un cálido invierno;
Se esconde en el frío de un trato lejano,
Guardando en silencio su pulso tierno.
El tallo más fuerte camina a su lado,
Sin rastro de llanto ni risa fingida;
Sostiene la fe de un altar venerado,
Buscando en la sangre la calma elegida.
Y yace enterrada la frágil corola
Que nunca llegó a conocer el estío;
Un pétalo breve que el viento devora,
Amado en resquicios del duro vacío.
La rosa madura contempla su prado,
Sosteniendo el peso de tanta semilla;
Abriga en su savia lo que se ha marchitado
Y llora en silencio por cada gavilla.

9

Calando en el córtex de pobres cuculillos
Su idilio se ha visto a merced de escabelos,
La flama enmelada se apaga en suplicios
Llorando amores que nunca cumplieron.
Pasaron los rostros de garras arteras
Dejando en el centro rescoldos de ausencias,
Cobrando la cuota de falsas quimeras
Que abrieron la entraña a agrias dolencias.
Traiciones de roca que armaron el muro
Pisando la fe de una entrega sincera;
El paso torcido buscando un conjuro
Pagó con desprecio la noble madera.
Mas no se doblega la dulce postura
Ni cede la gracia que habita la fuente;
Sostiene el arcano con alta cordura
Buscando en la bruma un alba ferviente.
Y en medio del lodo que quiebra a las rutas,
La planta levanta su impulso sagrado;
Acendrada resiste sin voces corruptas,
Guardando el milagro que tanto ha esperado.

10

El tiempo suspende su marcha pesada
Para festejar el milagro del día;
La frágil penumbra se ve descartada
Cuando una mirada devuelve la guía.
Las manos que abrieron caminos de fuego
Curaron heridas del hondo quebranto;
Salvaron destinos sin pedir un ruego,
Calmando con gracia la pena y el llanto.
La hermosa semilla que dio tanta vida

Transforma el paisaje con dulce consuelo;
Cada alma sanada, de paz bendecida,
Encuentra refugio mirando hacia el cielo.
Al quinto alba de agosto nació aquella rosa,
El cosmos detuvo su rumbo y sendero;
Rindiéndose entero a su luz milagrosa,
La única digna del vasto universo.
El gran firmamento celebra la dicha
Del ser que ilumina la entera comarca;
Ninguna tormenta detiene su marcha,
Ninguna deriva desvía su barca.

Notas adicionales

Términos

Cibeliana o Cibeliano proviene de Cibeles, una diosa frigia considerada la madre tierra. Para mí fue una forma de referirme a todo aquello relacionado a la maternidad y la dulzura de las cosas.

Elíseo proviene de los Campos de Elíseo, un lugar paradisíaco del inframundo donde iban las almas de los héroes, los virtuosos y aquellos favorecidos por los dioses después de la muerte. No era un lugar de castigo como el Tártaro, sino un reino de paz, belleza y felicidad eterna, con praderas perfectas, abundancia y una existencia libre de sufrimiento.

Concepto de la obra

Es una exploración a través de los recuerdos de mi madre. En cierto modo, su universo.

El Príncipe de Elíseo: Es una narración muy personal, no necesita explicación. Pero, a grandes rasgos, explico cómo la inmortalidad de nuestros seres queridos se logra gracias al recuerdo. En especial del recuerdo escrito, ajeno a las mentes efímeras, prevalece porque la idea también lo hace. Así somos eternos. Elíseo es el reino de mi familia.

10 Poemas Cibelianos:

1: La vida después de una pérdida que no se suelta.

2: Nace de una plática con mi madre. Dijo que su sueño era tener una casa a las afueras de la ciudad y tener una vida tranquila cercana a su familia.

3: Representación del mundo difícil en el que vive: corrupción, inocentes castigados y culpables felices.

4: La muerte en una etapa muy temprana.

5: La pérdida de la memoria y de los seres queridos como consecuencia.

6: La Belleza superficial y la verdadera belleza. Expreso la carga que se impone a la figura femenina y cómo se que mueren cuando la edad se ciñe sobre la juventud.

7: Una extensión del poema 3, enfocado en las motivaciones de mi madre y sus virtudes morales.

8: Una representación de mi familia, aunque algo sesgada. Mi Madre, mis hermanos y yo

9: El desamor, las traiciones y los enamoramientos canales. También, la esperanza en el verdadero amor.

10: Agradecimiento por el nacimiento de mi madre.